



Verdad y Anuncio de la Fe

Hoja Semanal de la Parroquia de
Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XII
Nº 31
20.05.2018

Evangelio del Domingo

Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo;
recibid el Espíritu Santo

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 20, 19-23).

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros».

Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo».

Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos».

Lecturas del domingo de Pentecostés (20.05.2018)

1ª Lectura:	De los Hechos de los Apóstoles (Hch 2, 1-11).
Salmo:	Salmo 103 (Sal 103, 1ab y 24ac. 29bc-30. 31 y 34).
2ª Lectura:	De la 1ª carta de san Pablo a los Corintios (1Cor 12, 3b-7. 12-13).
Evangelio:	Del Evangelista san Juan (Jn 20, 19-23).

Visite nuestra web: www.reinacielo.com

Magisterio de la Iglesia:

El Amor en la Familia

Exhortación Apostólica «*Amoris Laetitia*» del Santo Padre FRANCISCO (79)

ACOMPañAR EN LOS PRIMEROS AÑOS DE LA VIDA MATRIMONIAL

El amor necesita tiempo disponible y gratuito, que coloque otras cosas en un segundo lugar. Hace falta tiempo para dialogar, para abrazarse sin prisa, para compartir proyectos, para escucharse, para mirarse, para valorarse, para fortalecer la relación.



A veces, el problema es el ritmo frenético de la sociedad, o los tiempos que imponen los compromisos laborales. Otras veces, el problema es que el tiempo que se pasa juntos no tiene calidad. Sólo compartimos un espacio físico, pero sin prestarnos atención el uno al otro. Los agentes pastorales y los grupos matrimoniales deberían ayudar a los matrimonios jóvenes o frágiles a aprender a encontrarse en esos momentos, a detenerse el uno frente al otro.

Los tiempos de recreación con los hijos, las diversas maneras de celebrar cosas importantes, los espacios de espiritualidad compartida. Cuando no se sabe qué hacer con el tiempo compartido, uno u otro de los cónyuges terminará refugiándose en la tecnología, inventará otros compromisos, buscará otros brazos, o escapará de una intimidad incómoda.

A los matrimonios jóvenes también hay que estimularlos a crear una rutina propia, que brinde una sana sensación de estabilidad y de seguridad, y que se construye con una serie de rituales cotidianos compartidos.

Es bueno darse siempre un beso por la mañana, bendecirse todas las noches, esperar al otro y recibirlo cuando llega, tener alguna salida juntos, compartir tareas domésticas. Pero al mismo tiempo es bueno cortar la rutina con la fiesta, no perder la capacidad de celebrar en familia, de alegrarse y de festejar las experiencias agradables.

Necesitan sorprenderse juntos por los dones de Dios y alimentar juntos el entusiasmo por vivir. Cuando se sabe celebrar, esta capacidad renueva la energía del amor, lo libera de la monotonía, y llena de color y de esperanza la rutina diaria.

Encuentro con Jesús

San Juan 20, 19-23

...Y les dijo: **«Paz a vosotros»**. Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado... «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos»



¿Cuál es el Espíritu de Pentecostés? Es el Espíritu de la Encarnación en la plenitud de los tiempos. El rayo de la gracia divina que tocó a una virgen nazarena y provocó la respuesta más hermosa y más limpia en la historia de los hombres. El “sí” de la Anunciación la hizo portadora de la Palabra de Dios.

Es el Espíritu que da comienzo a la Iglesia. El Espíritu que posibilita creer en el Evangelio, despierta todos los corazones, hace fecundas nuestras obras e inspira nuestras plegarias y nos convierte en testigos del verdadero amor.

Apóstoles de la Caridad

Padre Gaetano Nicosia, salesiano (II)

«Quien lo conocía, quedaba conmovido por su bondad, alegría y entusiasmo»

Gaetano Nicosia fue destinado en 1939 al orfanato de Macao. Eran años de guerra civil en China. A Macao llegaban miles de refugiados, muchos de los cuales morían de hambre y de frío por las calles. *«En nuestra escuela teníamos 800 alumnos. El gobernador nos entregaba una parte del arroz que llegaba de Tailandia todos los viernes y, así, salvamos la vida de los chicos»*.



Entre los misioneros que allí trabajaban estaba el P. Luigi Montini, primo del futuro beato Pablo VI, el único que tuvo el coraje de visitar el pueblo de leprosos abandonado por todos; él consiguió la ayuda necesaria para construir una escuela agrícola en la remota isla de Coloane. A los salesianos se les había confiado el Colegio Yuet Wah, fundado en Cantón en 1925 y transferido a Macao con 300 estudiantes. Allí, entre los niños acogidos, vivía y enseñaba catecismo el joven Nicosia, mientras estudiaba teología en el seminario diocesano. El 25 de marzo de 1946, fue ordenado sacerdote en la hermosa iglesia de San José de Macao.

El joven sacerdote pidió ser enviado como misionero a la China continental con monseñor Michele Alberto Arduino, el nuevo obispo de Shaozhou, en la provincia de Guangdong, lugar donde Matteo Ricci (1589-1595), fundara una comunidad cristiana en el siglo XVI. Fueron años de guerra civil, de inquietud y de peligro. Shaozhou cayó en manos de los comunistas en 1949 y el padre Nicosia fue deportado muy poco tiempo después, teniendo que refugiarse en Hong Kong, lugar de acogida de los misioneros expulsados de China.

Estuvo trabajando durante los siguientes 11 años en la escuela de San Luis de Hong Kong; en su interior, sin embargo, no se sentía plenamente satisfecho: él soñaba con una misión con los más pobres y especialmente con los leprosos, hasta el punto que el nuevo superior consintió en dejarlo ir a una colonia de leprosos en la lejana Colombia. Pero, cuando iniciaba los preparativos de su partida, llegó una solicitud inesperada: el obispo de Macao, Paulo José Tavares, pidió a los salesianos que se hicieran cargo de la *colonia de leprosos de Ka Ho, en la isla de Coloane*: un centenar de leprosos, en estado de total abandono; tanto que nadie, ni siquiera los médicos asignados por el gobierno, se atrevía a ir a la aldea aislada, accesible solo en barco, donde malvivían.

Para Gaetano fue un signo de la Providencia.

Seguirá (y III) en la próxima Hoja Semanal...